GERMANIA

REVISTA DE CONFRATERNIDAD HISPANO-ALEMANA

DIRECTOR: LUIS ALMERICH

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: LAURIA, 55 — BARCELONA

La defección de Italia

Por DELFÍN FERNÁNDEZ Y GONZÁLEZ

UNA especialísima concepción del patriotismo, una elástica apreciación de la lealtad, una cómoda y convencional limitación de las solemnes obligaciones contraídas, podrán proporcionar a Italia razones que a sí misma convenzan de la bondad de su proceder ante el actual conflicto europeo; una necesidad imperiosa de sumar a las suyas, fuerzas y más fuerzas, vengan de donde vengan y como vengan, podrá hacer y hace, en efecto, que la cooperación italiana sea recibida jubilosamente por sus nuevas aliadas y que sólo alabanzas tenga para éstas la acción de la patria de Garibaldi.

¿Pero acaba ahí, en la conveniencia, en el interés, en el egoísmo y consiguientemente en el apasionamiento de los pueblos en guerra, por muchos que sean y muy importantes, la jurisdicción de la opinión pública universal? ¿Es que no hay otra moral en el mundo que la que quieren imponer esos pueblos? ¿Es que no existe otra conciencia que la de ellos?

Yo había tenido ocasión de observar muchas veces que cuantas personas, por ecuanimes que fueran, tomaban parte más o menos activa en una lucha electoral, padecían una lamentable ofuscación del sentido moral, a cuya verdadera noción sucedía otra, caprichosa y arbitraria, y que, como consecuencia de este curioso fenómeno, individuos, antes de recto criterio y sano juicio, condenaban indignados en uno de sus convecinos un acto que, al ser cometido por otro, les inspiraba las mayores alabanzas. Los dos actos eran idénticos exactamente, sólo variaban sus resultados: el primero restaba un voto, y el segundo lo sumaba al partido de quien tan de distinto modo los juzgaba.

Y a lo que veo en la guerra actual, que al fin es así como una elección europea, sólo que mucho más primitiva y bárbara y sangrienta que las que — por celebrarse digamos en familia — venían teniendo lugar en cada distrito de cada Estado, ocurre lo mismo, con la agravante de que uno de los bandos en lucha quiere a todo trance imponer al mundo entero sus parciales apreciaciones, dictando a la humanidad nuevas leyes de dignidad y de nobleza.

* * *

Italia — ¿quién lo ignora? — durante más de treinta años ha sido aliada de Alemania y Austria. No era de afecto tal alianza, por lo que a Austria se refería, es cierto, y aun mediaban antiguos resentimientos entre esas dos naciones. Concedamos más: Austria poseía algo que Italia creía corresponderle a ella. Pero eso era todo.

Ahora bien: desde que se firmó la alianza, Austria no hizo objeto de nuevos despojos a Italia, e Italia se resignó con los anteriores, si existieron, durante treinta años, que no son treinta días, y persistió voluntariamente en la alianza, obteniendo de ella sin cesar el maximum de beneficios, empezando por el inmenso, que jamás podrá agradecer suficientemente, de afianzar su nacionalidad tambaleante, botín hasta entonces de todos los poderosos extraños.

Llegó un día en que, acontecimientos previstos por los firmantes de ese pacto; acontecimientos cuya posibilidad había sido el principal, si no el único origen de él, adquirieron desarrollo en la vida de las naciones: estalló la guerra. Alemania y Austria tuvieron que hacer frente a sus enemigos y lanzarse a luchar contra ellos.

Cualquiera que fuera la letra de la alianza de Italia con aquellas dos naciones, cualesquiera que fueran las limitaciones que Italia hubiera puesto a sus compromisos de intervención en las guerras que Alemania y Austria hubieran de sostener contra Francia y Rusia, el espíritu de aquel documento claramente le trazaba sus deberes; y los hombres todos de Europa, no italianos y ajenos a la lucha, ni por un instante dudaron de que aquellos deberes eran los de ayudar con las armas a sus aliadas, a quienes tanto debía.

Sin embargo, Italia no intervino. Con asombro de todo el mundo, con asombro quizás hasta de los enemigos de Austria y Alemania, Italia se declaró neutral. Ya esto, en las conciencias honradas, tuvo una sanción; en labios de los hombres leales, un nombre; una sanción y un nombre de que yo no quisiera ver merecedora a mi patria. ¡Véala, antes, pobre y humilde! Pero eso aun era poco.

Todos hemos visto cómo de día en día, después, a partir de los comienzos de la guerra europea, Italia dejaba, en realidad, de ser un Estado ajeno a la lucha, no tomando, desde luego, una parte activa en ella ciertamente, pero sí preparándose a tomarla, y, en previsión de esto, sacando a pública subasta las fuerzas que acumulaba, para ponerlas a merced de quien más espléndida recompensa le ofreciera.

«Austria es la enemiga de Italia, ocupa costa de su mar, domina provincias que son suyas, limita su desarrollo», se dijo. ¿Y de todo ello, admitido que fuera cierto, y era muy dudoso y discutible, no se había percatado Italia antes? Y si lo sabía, ¿por qué concertar alianzas con tal país por espacio de treinta años, dando al olvido tantos agravios?

«Austria estaba obligada, al apropiarse territorios servios, a entenderse con Italia», se alegó después, en una lastimosa rebusca de pobres argumentos. ¿Y cuándo había intentado Austria semejante apropiación? Hubiera vencido en la guerra actual, hubiera retenido al hacer la paz con Servia alguna parte de este país, y entonces hubiera sido oportuna y justa la protesta de Italia. ¡Pero sin eso!..... ¡Bah!.....

Continuaba en tanto vigente la alianza; al ilusorio amparo de supuestos motivos, que no eran sino vanos pretextos, había dejado Italia de cumplir lo más esencial de ella; pero continuaba vigente, puesto que nadie la había denunciado. ¿Ni quién la iba a denunciar? Interesaba demasiado a Austria y Alemania conservar siquiera la neutralidad italiana, a falta de su cooperación, falazmente eludida, para que la empujaran a romperla; y en cuanto a Italia, ¿qué sabía ella misma si al fin de sus gitanescos trapicheos, que no maquiavélicas habilidades, había de unirse a Francia e Inglaterra, o tendría que volver adonde sus antiguas amigas?

En plena vigencia, pues, de su alianza con los Imperios centrales, de esa alianza a que probablemente debe su existencia hoy como nación independiente y a cuya sombra, sin duda, ha alcanzado su preponderancia actual, Italia, después de acogerse a una neutralidad a que no tenía derecho, ha venido regateando el precio de su deslealtad, y después de esos laboriosos diez meses de trágicos coqueteos diplomáticos, acaba de consumarla declarando la guerra a sus amigas.

* * *

Digan cuanto quieran la diplomacia italiana, los políticos italianos, la prensa italiana, y la diplomacia, los políticos y la prensa de los demás países en lucha con Alemania y Austria; la verdad escueta, desnuda, brutal, de la defección de Italia, es esa. Y ante ella, y ante la justificación, y aun la glorificación, que se intenta de tal proceder, cabe preguntar si esta guerra que ha abolido ya tantos principios que parecían inmutables, va también a derogar todas las leyes morales existentes, o si ha lugar a esperar que sean pasajeros este vergonzoso olvido de la ética en Europa, esta confusión lamentable de las buenas y las malas acciones, este impúdico imperio de la insinceridad y de la impostura; y si no llegará un día en que, como para los hombres sin honor, pueda hacerse efectiva para ciertas naciones una pública descalificación.

La guerra mundial y el servicio de información internacional

Por ARTURO DIX

CUANDO en fechas anteriores al 1.º de agosto de 1914 la fantasía nos representaba la posibilidad de una guerra anglo-alemana en lo porvenir, siempre veíamos, con los ojos del espíritu, a la poderosa escuadra inglesa dirigiéndose a toda máquina hacia la línea de Borkum — Helgolandia — Sylt; con espanto la veíamos hacer alarde de sus imponderables fuerzas y derrotar a la flota alemana por medio de una batalla naval decisiva, marchándose después, con sus triunfantes barcos, hacia el canal que separa el mar del Norte del Báltico, para hacer un desembarco de tropas que iniciaran el rápido avance.

¡De qué modo tan distinto ha principiado la guerra la Gran Bretaña! Las primeras medidas hostiles que ha tomado contra Alemania han sido en terreno muy distinto del que cae dentro de la acción de la marina de guerra británica. La corta del cable alemán, el intento de aislar a Alemania del servicio de información internacional y la campaña de embustes y calumnias son los hechos con los que Inglaterra ha inaugurado su lucha contra Alemania. Solamente en las últimas semanas se ha venido en conocimiento, por algunos hechos aislados, de que el aislamiento de Alemania, en cuanto al servicio de información internacional, estaba organizado en Inglaterra desde el mes de julio de 1914; ya en el 31 de julio, por ejemplo, fueron interceptados para los periódicos alemanes varios telegramas bursátiles de Nueva York, en los que se comunicaba la expedición de importantes sumas en oro; y más lejos, en el Asia Oriental y en el sur de Africa, con fecha anterior a la citada, ya se había confiscado secretamente la correspondencia alemana. Como no hay nadie que ignore, la declaración de guerra de la Gran Bretaña a Alemania, sólo tuvo lugar el 4 de agosto; de manera, que bastan las anteriores medidas y la fecha en que fueron adoptadas para demostrar que Inglaterra, con anticipación a los días en que hizo el pretendido *ensayo de movilización* de toda su flota, ya estaba decidida a romper las hostilidades.

Si la guerra, desde un punto de vista general, ha de ser considerada como «la continuación de la política con otros medios», puede decirse con justicia que la dirección que el Reino Unido ha impreso a su guerra en parte, no puede decirse que haya sido valiéndose de otros medios que los empleados en tiempo de paz; más bien ha sido una especie de refuerzo de los medios de que se sirve en épocas normales para ayudar a su política,

porque la fabricación de mentiras y el abuso de las informaciones falsas internacionales ya eran medios auxiliares practicados en Inglaterra desde mucho tiempo antes de la declaración de guerra.

El cable inglés y la agencia Reuter forman una parte esencial de los medios de comunicación para transmitir noticias, que une a Europa con las demás partes del mundo; y desde que ha tenido lugar la *Entente*, tanto la agencia Reuter de Londres, como la Havas de París compiten en su celo de esparcir por los cinco continentes cuanto pueda ayudar a hacer la propaganda favorable a los intereses de la *Entente*. Los capitales ingleses y franceses tienen bajo su dominio a una parte importante de la prensa extranjera. El cable inglés y francés provee a los periódicos que han conservado su independencia, de los alterados y tendenciosos informes de dichas agencias. Por último, en la época más reciente, también se introdujo el cinematógrafo en la máquina de la información cosmopolita, y la película lanzada desde París o Londres fué a desarrollar por todo el mundo este novísimo procedimiento de información gráfica que sistemáticamente era desfavorable para Alemania, pues siempre representaban sus movibles cuadros: la caída de un zeppelin, el incendio de una fábrica, una catástrofe ferroviaria, etc. Tal era el abuso que se venía haciendo de todos los medios internacionales para influir y extraviar la opinión del mundo entero y presentar a sus ojos la capacidad alemana a la luz que pudiera serle más desventajosa, negando los resultados obtenidos y los triunfos conquistados por los alemanes en todos los ramos de la cultura y haciendo aparecer sospechosa su política. El terreno, como se ve, estaba bien preparado, para que prosperase la campaña de calumniosas mentiras que desde el principio de la guerra se viene practicando con increíble actividad absoluta y falta de escrúpulos.

Con qué medios cuenta Inglaterra para proseguir este sistema, puede colegirse con sólo tener en cuenta que de los 520,000 kilómetros de que constaba el total de la red internacional de cables cuando empezó la guerra, la Gran Bretaña tiene bajo su poder la cifra de 450,000, mientras que Alemania sólo posee 36,000 kilómetros, que, como ya hemos dicho, fueron inutilizados por Inglaterra apenas se declararon rotas las hostilidades.

Durante estos últimos años, Alemania había logrado conquistarse cierta independencia de la red del cable británico mediante la instalación de varias potentes estaciones de radiotelegrafía; pero no hay que olvidar que esos trabajos se hallaban aún muy en su principio cuando se declaró la guerra, y que de ningún modo era posible utilizar este medio en una extensión que pudiera contrabalancear los servicios prestados por el cable inglés. Sin embargo, estas instalaciones de radiotelegrafía alemana siempre fueron una paja en el ojo de Inglaterra, que empleó toda su influencia con los Estados Unidos del Norte para que esta nación prohibiera su uso en América durante la guerra; y el primer ataque de una parte de la flota británica fué deliberadamente dirigido contra la estación de radiotelegrafía alemana en las colonias africanas.

También en Alemania, y desde el primer instante en que dió principio la guerra, se dejaron sentir las deficiencias del servicio de información internacional. Desde dos años atrás se venían haciendo ensayos frecuentes para fundar una sociedad de economía universal, cuyos principales trabajos se dedicaron a reforzar la situación de Alemania respecto a la información internacional. Entre estos distintos proyectos se despertó una viva emulación, pero todos estos amplios planes estaban aún en sus gérmenes cuando vino a abortarlos la declaración de la guerra mundial. Así para Inglaterra fué un juego ligero el esparcir por todo el mundo un cuadro fundamentalmente falso del curso de la guerra, así como el excitar a todas las naciones contra Alemania. Para que fuese más completo el éxito de la serie de mentiras publicadas por la agencia Reuter se procuró con incansable actividad, y por todos los medios posibles, que no llegaran al extranjero las noticias particulares alemanas. En dondequiera que Inglaterra ha tenido poder para

ello, lo ha usado para apoderarse de la correspondencia alemana, con el fin político de que no se malogre el trabajo de la agencia Reuter al tenerse exacto conocimiento de la verdad, y también con el objeto eminentemente mercantil de echar una ojeada en la correspondencia alemana y enterarse así de las relaciones comerciales, penetrando en los secretos de los negocios y acumulando de esta suerte un material muy útil en manos del comercio universal inglés.

En Alemania, naturalmente, no dejábamos de conocer los serios perjuicios con que nos amenazaba el bloqueo de noticias británico. Con indecible trabajo y perseverancia se trató de establecer una vía de comunicación con Ultramar, a pesar de todas las precauciones inglesas, por la que pudiéramos hacer llegar la verdad al extranjero y esparcirla por todos lados. Muchas fuerzas se manifestaron prontas a tomar parte en este importante y difícil trabajo. Distintas organizaciones se dedicaron, con empeño digno de tan justa causa, a propagar la verdad, traduciendo las noticias alemanas en los principales idiomas que existen en el mundo y repartiéndolas con profusión por todos los países neutrales. Al principio estos trabajos estaban demasiado divididos, hasta que al fin, y tras muchos afanes, el servicio alemán de información quedó constituido en una importante entidad que permitía un trabajo regular y fecundo. Pero como este servicio alemán internacional se fundó principalmente en las relaciones que puede transmitir el correo — y a ellas tiene que limitarse —, mientras que las noticias inglesas se comunican por el cable, puede suponerse que siempre llegan con un considerable adelanto, lo que hace que los trabajos emprendidos por los alemanes, para reivindicar la verdad, sean muy lentos y difíciles para obtener el efecto apetecido. En lo futuro, y para poder volver con más rapidez por los fueros de la verdad, no se contentará Alemania con la recomposición del cable cortado por Inglaterra, sino que se ocupará activamente en ensanchar su red de cables, asegurándola con su ejército y marina. Además las experiencias adquiridas durante la guerra nos han demostrado que las estaciones de radiotelegrafía alemanas necesitan unas instalaciones que no vuelvan a hacer posible el que Inglaterra vuelva a robarlas con tanta facilidad. El grito de ¡fuera Reuter!, ¡fuera Havas!, circula por toda la prensa alemana.

Recordemos que ya una vez, en la época de paz, Alemania fué la que tomó la iniciativa en el terreno de las comunicaciones internacionales, cuando esa importantísima obra de la paz, que se llama «Unión Postal Universal» tuvo que agradecer su fundación y existencia al alemán Enrique von Stephan. Alemana fué la proposición de conceder comunicación libre a los informes internacionales en época de guerra. La Gran Bretaña en la práctica ha hecho diametralmente lo contrario; y tanto en éste como en otros muchos puntos de vista, ha perjudicado a las naciones neutrales, o ha adoptado actitudes que han sido muy pesadas para ellas. Todos los países que no pertenezcan a la Gran Bretaña están unidos por un interés común, en romper ese monopolio del cable inglés, del que tanto se ha abusado, y en que la comunicación de noticias internacionales sean respetadas aun en tiempo de guerra, pues también los neutrales sufren con estas *moratorias de la verdad* establecidas por Inglaterra. Hasta la actual aliada de Inglaterra, la Francia, que se ha sacrificado para pelear en favor de la Gran Bretaña, hace tres lustros que se viene quejando en lenguaje oficial y enérgico de las dificultades que causó en todos los países que no son británicos el monopolio del cable por parte de Inglaterra. Ya por una vez, precisamente cuando la guerra con los boers, Inglaterra, sin ninguna consideración, estableció la censura telegráfica para el servicio de información extranjero con el más profundo desprecio hacia los intereses de los demás países. A consecuencia de esta medida arbitraria, se vió obligado el gobierno francés a solicitar de las Cámaras un crédito de 130.000,000 de francos para la instalación de una línea cablegráfica. Esta petición fué hecha en noviembre del año 1900.

Las causas en que se fundaba ese proyecto de ley, eran las siguientes:

«Inglaterra tiene que agradecer su influencia en el mundo, quizás a su monopolio del cable aun más que a su marina. Domina la comunicación de las noticias y utiliza admirablemente este privilegio para sus fines particulares, tanto mercantiles como políticos. De todos los ámbitos de la tierra llegan los telegramas a Londres, y allí no se habla más que de la política inglesa, del comercio británico y de la industria inglesa. La red de los cables ha contribuído poderosamente a robustecer y desarrollar todo el tráfico inglés. El hombre de negocios en el extranjero, no sabe más que el curso de la bolsa de Londres; los de París, Lyon, Marsella, Amberes, Amsterdam y Hamburgo le son desconocidos.»

Así se expresaba el Gobierno francés en el año 1900 sobre el monopolio del cable por Inglaterra y los abusos que ésta cometió, en una época en que Francia hizo todos sus esfuerzos por llegar a la posibilidad de oponer la agencia Havas a la Reuter, y hoy ambas agencias combaten en las mismas filas contra la verdad y contra la libertad del servicio de información internacional!

¿Qué podrá Alemania emprender para evitar que en lo futuro se repita este escándalo?

Una de las más indiscutibles autoridades en el terreno de las comunicaciones, un discípulo de la escuela de Enrique von Stephan, el antiguo subsecretario del Ministerio de Correos, excelencia Fischer, ha escrito hace poco tiempo:

«Alemania, con las condiciones que dicte para firmar la paz, impedirá que vuelvan a repetirse los abusos a que ha dado lugar el monopolio inglés del cable, y con ello seguramente estarán de acuerdo la mayoría de los Estados neutrales. Hasta no es imposible que la misma Francia, que ya casi no puede ocultar la desaprobación que la merece la manera como sus aliadas hacen la guerra, teniendo sólo en cuenta sus miras egoístas, se una a la acción entablada contra el monopolio inglés del cable. Esta acción sólo habrá conseguido el fin que se propone cuando por medio de la instalación de un número suficiente de cables, iguales en dimensiones al inglés y que puedan servirse mutuamente de punto de apoyo, haya lugar para considerar completamente roto el monopolio inglés.»

Hasta qué grado lograrán su intento los esfuerzos alemanes, es cosa que no se puede hoy todavía predecir; pero lo que es seguro, y sin ningún género de duda, es que Alemania lucha en la actualidad por todas las potencias que no pertenecen a la Gran Bretaña, por todas, incluso por las que hoy están aliadas con Inglaterra; pero sobre todo por las neutrales, cuando combate por alcanzar *la libertad de los mares* y verla garantizada; también combate por todas cuando trabaja por romper de una vez para siempre *el decretado bloqueo de la verdad* que Inglaterra ha establecido deliberadamente y atropellando el derecho de gentes, y cuando pelea por procurar a la verdad un camino seguro y sin obstáculos, y por restablecer la intangibilidad del derecho de gentes, del que forma parte integrante la independencia del servicio internacional de informaciones.

Desde Berlín

Los soldados alemanes

POR R. ESTÉVEZ DE PEREA

CUANDO pasen estos tiempos difíciles que atraviesan las naciones beligerantes y también las neutrales, cuando en los campos de batalla no queden rastros de sangre humana ni señales de las tristes escenas que ahora hemos presenciado, cuando ya no se oiga el tronar de los cañones ni el silbar de los proyectiles, cuando los aeroplanos hagan sus viajes sólo por recreo y no para fines militares.....; cuando, en fin, las naciones vuelvan al estado venturoso de la paz, ansiado por todos, quedarán como piedras milia-rias de estos hechos históricos no sólo los libros y revistas que se han escrito sobre la gue-

rra, sino que también las cartas de los soldados que, en su lenguaje sencillo, pero franco, expresan mejor que la diplomacia el sentir de los pobres que luchan con desnudo por su patria ofendida y por la defensa del hogar paterno.

Es justo, es conveniente, es necesario que se vea el unánime sentir de los soldados, para que de este modo juzgue el lector imparcial, del espíritu que les anima.

Como sería prolijo exponer todas las cartas que se han publicado por la prensa, reasumiré de ellas algo para darlo a conocer al amable lector.

Se trata de un joven marino, destinado al servicio de submarinos; y en el lenguaje sencillo con que se escribe a una madre querida, le dice con fecha 18 de noviembre: «Mañana navegamos para hacer una larga empresa.... *Espero ahora ganar la cruz de hierro....* Cuando hayamos terminado, volveremos nuevamente». He aquí unido el amor filial que quiere tranquilizar a la madre, por si no tiene noticias suyas, y el amor a la patria, deseando ganar la cruz de hierro en cualquier empresa heroica.

Un aviador, que volaba a 2,200 metros de altura sobre un campo de batalla, viendo el fuego cruzado que había por ambas partes, escribe en octubre, con un estoicismo propio de héroes: «*Todo lo que soy, y que tengo asuntos personales, no lo recuerdo; sé solamente que debo resolver un problema de cultura, esto es, ayudar al germanismo y asegurar su victoria. Casi se olvida uno de que es un hombre*». He ahí un ser que, en medio de los aires, no teme con su aeroplano a cualquier bala enemiga que se escape por el espacio.

Un periódico de Bautzen, por el mes de noviembre, describe de un modo admirable cómo un suboficial *recibió la cruz de hierro* por haber transportado, durante la noche, varios heridos desde las trincheras al hospital de sangre.

Un escritor americano, deseando conocer personalmente el espíritu de los soldados, visitó los campos de la guerra, preguntando a algunos combatientes sobre su situación; y cuando llegó a las trincheras alemanas, hizo a un alemán la siguiente pregunta: — «¿Por qué se hace la guerra?» — Y él contestó: «*Yo lucho por mi patria*». — «¿Por qué hace la guerra su patria?» — «*Por su existencia nacional. Si nosotros no lucháramos, seríamos arrojados del globo terráqueo, no sólo la patria, sino que también las personas*». — He ahí reflejado justamente el espíritu del pueblo alemán.

No se debe creer que algunos dejen por completo las obligaciones impuestas por la sociedad; pues por el mes de diciembre, un joven combatiente, que moría en los campos de batalla, y que tenía lleno el corazón de risueñas esperanzas, escribió sólo estas líneas a su prometida: «*Cuando recibas ésta, no estaré entre el número de los vivos: eres libre. Mi último pensamiento y suspiro es desear prosperidad para ti*». Los oficiales y camaradas que le rodeaban, dicen que murió como un héroe.

En el mes de diciembre, un periódico describe diversos cuadros de la guerra en Francia, y al final de la carta, dice el combatiente: «*Cuando anteayer estuve en la caja de guerra, vi soldados que ayudaron a las mujeres a transportar patatas y otros artículos. Para mí la guerra es como anteriormente las maniobras*». Estas pocas palabras muestran que los soldados alemanes son humanitarios y que conservan un espíritu militar admirable.

Un librepensador escribe, arrepentido de su vida pasada, lo siguiente: «*No me avergüenzo de reconocer que he repasado la oración dominical. A los que les es posible explicar nuestra religión como un cuento, sé que en los tiempos de necesidad buscan y necesitan a Dios*». Cuando el hombre se halla en los mayores peligros y ve acercarse la muerte, entonces recuerda que tiene un alma, y pasan por su imaginación, como cuadros disolventes, los tiempos de la infancia, en que aprendió en el regazo de su madre, los principios de la religión.

Un capitán, después de un combate en que hubo bastantes heridos, fué visitándolos, según las circunstancias se lo permitían, para consolarles, viendo a un fuerte soldado postrado en tierra que, con voz enérgica, le dijo: «*¡Señor capitán, por la patria! ¡Muerdo*

con gusto por la patria! ¡Oh, mi querida patria! ¡Hurra! Aquí están las señas de mi mujer; dígame usted, señor capitán, a mi mujer, que muero con gusto por mi patria». ¿Qué elocuencia no encierran estas palabras? Es un hermoso compendio de la historia de la guerra.

El 26 de febrero un periódico de Francfort detalla minuciosamente la situación de un zapador herido, que tenía toda la cabeza vendada, y, en medio de sus dolores, exclamaba ante el médico y su teniente: «Señor teniente, nunca he sido cobarde; y si la campaña no está concluída cuando me encuentre sano, entonces podré venir nuevamente con mi teniente y tomar parte en la guerra». Cuando el teniente le comunicó que recibiría la cruz de hierro por sus hechos de guerra, empezó a llorar como un niño, diciendo de vez en cuando: «¿Verdad que no he sido cobarde?»

De los montes Cárpatos, donde hace meses luchan con inusitado denuedo tropas alemano-austro-húngaras contra los rusos, y donde mueren entre peñascos y desfiladeros cientos y cientos de heroicos combatientes, se ha recibido una carta del mes pasado, en que se cuenta la muerte de un joven soldado, cuyas últimas palabras, al dejar este mundo fueron: «La patria debe estar tranquila, porque sus hijos mueren con gusto por ella». Y cuando cerraba los ojos, lanzando sus últimos ayes, cantó la conocida poesía: «¡Qué hermoso es el canto del ruiseñor!.....»

Si se fuera a comentar lo escrito anteriormente, o a seguir describiendo en este artículo todas las cartas interesantes que reciben las familias y se escapan a los periódicos, habría materia para formar un buen libro; baste lo dicho, para que el lector, a la vez que pasea sus ojos por estas líneas, vea tras ellas el espíritu unido de un pueblo, que lucha y combate con abnegación por su existencia nacional y por su deseada independencia.

Berlín, 10 de mayo de 1915

Las naciones juzgadas por su filosofía

POR EL PROFESOR DR. GUILLERMO WUNDT

De la Universidad de Leipzig

LA idea de que la filosofía de un individuo es la expresión de su personalidad, es una de las que con mayor firmeza sostuvo el filósofo de la guerra de la independencia alemana, cuya memoria está ante los ojos de tantos en los momentos actuales. Para él, debieran aplicarse a todo buen filósofo estas palabras de Lutero: «Soy así; no lo puedo remediar». Esta idea de Fichte puede aplicarse, ampliando y modificando por consiguiente algo su sentido, a la relación entre las naciones y los sistemas filosóficos que han producido. Es claro que no puede considerarse al filósofo como expresión directa del carácter del pueblo a que pertenece, pues sobre él influyen también su carácter individual, su educación y vida. Sin embargo, hay dos puntos de vista desde los cuales puede considerarse una filosofía que haya llegado a algunas generalidades, a pesar de esos factores individuales, como la expresión típica del espíritu de la nación en que vió la luz: la popularidad alcanzada por ella — al menos en su época — y la influencia que ha ejercido en el desarrollo del pensamiento filosófico, especialmente en su propia patria. Puesto que esta relación sólo puede descubrirse dentro de una amplia perspectiva histórica, habrá que prescindir de los filósofos que, por su proximidad a nuestra época, puedan ser juzgados, a lo sumo, poniéndolos en relación con los de tiempos pasados que la historia ha consagrado de un modo duradero como verdaderos representantes del carácter nacional. Creo que la mayoría de los conocedores de la evolución mental de la Europa moderna

estarían de acuerdo conmigo en señalar a Descartes, Locke y Leibniz como a los tres tipos nacionales de las culturas que sucesivamente han asumido la dirección de la vida mental europea. La más antigua de ellas es la francesa, que se inaugura así que la tentativa de renacimiento de la ciencia independiente es en Italia ahogada por la sede romana. Su personalidad más brillante, igualmente influyente en los campos de la matemática, de la filosofía natural y de la metafísica, es Renato Descartes. A la cultura francesa sigue la inglesa. Pero al principio apenas su esfera de acción rebasa las costas de la isla. Sólo a fines del siglo XVII, y especialmente a principios del XVIII empieza la filosofía natural de Isaac Newton a penetrar en Francia y en las demás naciones europeas, en donde, como en Inglaterra misma, se erige su contemporáneo John Locke como el más ilustre representante de la ciencia inglesa. Alemania es la última en entrar en el palenque filosófico internacional. Leibniz es, no sólo por su valor, sino también en el tiempo, el primer representante de la nueva filosofía. Algunas de sus ideas fundamentales se remontan a una época más remota de su vida, pero sólo a través de la discusión con su contemporáneo inglés Locke logró darles forma sistemática. La sucesión de las obras de estos tres hombres representa la sucesión de las tres naciones respectivas en la hegemonía espiritual de Europa. Y cada uno de ellos puede considerarse con mayor razón que cualquiera de sus contemporáneos, como el representante de su país al que ha trazado el camino de su ulterior vida científica. La mayor parte de la filosofía francesa se apoya en Descartes; la inglesa en Locke, y las ideas de Leibniz han seguido viviendo hasta hoy en la filosofía alemana.

Difícilmente se encontraría otro escritor francés cuya vida y cuyas obras fuesen más característicamente francesas que Descartes. Después de una vida aventurera al servicio sucesivo de dos ejércitos enemigos, y poseído de la sed de notoriedad, busca la soledad para crear una obra destinada a sistematizar y poner en armonía con la religión la nueva concepción mecánica del universo. La matemática, que expone con cristalina claridad en el más brillante de sus escritos; la geometría analítica le sirve de preparación. En esta obra, quizá la más duradera de Descartes, se pone admirablemente de manifiesto la dote predominante de los franceses. Sin embargo, para él, sólo ha de ser la preparación para una filosofía que satisfaga todas las necesidades de la época. Su deseo es elevar su concepción del universo a la altura de la generalidad, no contentándose con satisfacer las exigencias de las ciencias exactas y pretendiendo que la Iglesia aceptara su filosofía como substitución al anticuado escolasticismo. Por eso, al recibir la noticia de la condenación de Galileo, decide guardar años y años su primer manuscrito, ya listo para la imprenta, hasta que se presente el momento oportuno; y en sus demás escritos jamás deja de consignar que, como buen hijo de la Iglesia, somete sus opiniones a la aprobación de la autoridad superior. De ahí que su filosofía sea una extraña mescolanza de hipótesis valientes, movidas por el espíritu de la nueva filosofía naturalista y recortes de la vieja filosofía eclesiástica. El mundo es para él un puro mecanismo en el que se conserva con energía invariable el movimiento que le fué impreso al principio por el Creador. La naturaleza viviente también está sujeta a la acción de estas fuerzas. Pero en el cerebro del hombre está injertada además un alma inmortal que sólo está sometida a su acción mientras el mecanismo del cuerpo le sirve. Aquí echa, pues, mano de la idea de Agustín del alma pensante derivada del espíritu divino. Tres substancias forman, pues, para él el contenido del ser: la materia extensa, mecánicamente movida; el alma pensante y Dios, que ha creado a ambas y les ha dado sus leyes. Hay que reconocer que el filósofo, con un instinto admirable, supo combinar los conceptos más contradictorios para satisfacer las necesidades de la gente culta de su época, como lo prueba el hecho de haber constituido casi hasta nuestros días esos tres supuestos de la filosofía cartesiana las premisas de la filosofía de la gran masa del mundo culto. ¿Había cosa más clara para el sentido de la

época que el que el hombre piensa, que el mundo es extenso y que ha de haber un Dios para satisfacción de la necesidad de fe que sienten los hombres? Y precisamente en no explicar la relación interna entre estos principios está el defecto de su filosofía. Una confusión tal de elementos heterogéneos puede tolerarse al vulgo, pero el filósofo ha de empezar a pensar cuando éste ya no puede. Por esto mismo es admirable el arte con que Descartes sabe disimular este defecto y presentar como una verdad necesaria la vaga convicción que flotaba en la conciencia del público. A esta cualidad se une una maestría literaria que hace aun hoy de la lectura de Descartes un verdadero placer intelectual. No obstante, sólo puede considerársele como clásico de la filosofía por haber planteado los problemas que preocuparon a la posteridad, pero no por haberlos solucionado ni siquiera provisionalmente. El que quiera verle planteando problemas y resolviéndolos al mismo tiempo con una claridad insuperable, ha de acudir a su geometría. En ella encontramos al gran pensador independiente a quien otros matemáticos han aventajado en profundidad, pero no en elegancia. Después de él ha dado Francia al mundo muchos hombres de ciencia que se han distinguido por las mismas cualidades, pero ningún gran filósofo. Augusto Comte, al que podría citarse, no lo es. Sus ideas fundamentales las tomó de escritores como Turgot, d'Alembert y San Simon, y su Enciclopedia de las Ciencias no es una obra original. Rousseau, como suizo, está fuera del pensamiento francés, y si se prescinde de su influencia política en la revolución francesa, ha dejado más huellas en Alemania que en Francia. Descartes es, pues, también el representante de la filosofía francesa en el sentido de no haber dejado sucesores cuya influencia sobre las generaciones contemporáneas y futuras haya igualado a la suya.

¡Cuán diferente de él se nos presenta John Locke, el filósofo de la experiencia, el cual, poco después de Descartes y en cierto modo en lucha contra él y su escuela, encarna el espíritu inglés en una forma original y jamás igualada por otro escritor de su pueblo! Inglaterra ha dado al mundo antes y después de Locke a muchos grandes filósofos. Bacon, Hobbes, Berkeley y Hume le aventajan en genial intuición y penetrante ingenio; pero nadie encarna como él el tipo perfecto del espíritu inglés con el carácter peculiar que el mismo no alcanzó hasta su época y nadie ha influido tanto como él en el pensamiento inglés de los tiempos venideros. La filosofía inglesa se mueve hoy aún en el círculo de los conceptos trazados por Locke. Esto es incluso aplicable al medio de expresión que la ciencia necesita: al tecnicismo. Por eso una obra alemana es en realidad intraducible al inglés, y por eso la filosofía inglesa es más que la de ninguna otra nación un mundo. Es claro que más de un inglés conoce lo bastante el alemán para entender una obra de Kant. Pero al que, como Herbert Spencer, ha de fiarse de traducciones inglesas, le es tan imposible penetrar en el sentido de la filosofía alemana, como a nosotros los alemanes nos lo es comprender su psicología y su teoría del conocimiento que nos obligan a retrotraernos a una época en que Leibniz y Kant, para no hablar de sus sucesores, no se conocían aún.

Mas la característica de la filosofía inglesa desde Locke es la separación radical entre el conocimiento y la fe. La filosofía no tiene nada que ver con la religión. La revelación, según Locke enseña, es una fuente de conocimiento en sí misma. Después de la revolución puritana, este filósofo de la sociedad burguesa es el verdadero representante de la doble conciencia. En esa sociedad no hay ya más diferencias en cuestiones religiosas porque a nadie le importa la iglesia o secta a que los demás pertenecen. No es raro en este país de la libertad convencional del pensamiento, que un individuo cultive una ciencia con la mayor escrupulosidad e independencia de pensamiento y pertenezca al mismo tiempo a una secta que predique el dogma más absurdo; la filosofía se adapta a ello, limitándose a tratar las cuestiones que interesan de una parte a las ciencias positivas y de otra a la vida pública, o sean la teoría del conocimiento y la moral. En ambas esferas rige el axioma

de que el conocimiento y la voluntad humanas no pueden rebasar los límites de la experiencia sensible, en la cual están encerrados los principios de ambas. En cuanto a qué ha de considerarse como verdadero y como bueno, lo decide el principio práctico de la utilidad. La ciencia natural supone que la extensión y la impenetrabilidad son las dos únicas cualidades existentes fuera de nosotros, porque esta suposición es la que más le sirve: la más útil, y además está confirmada por la percepción de los sentidos a la que estamos subyugados. Como aquí, sigue allí también Locke al «sentido común» de que la reflexión es la fuente de todos los conceptos y de sus asociaciones. Este punto de vista nos lleva también al principio supremo de la moral; bueno es lo útil al individuo en primer término, y en segundo término a la sociedad de que forma parte. Locke reconoce naturalmente que la elección entre la propia y la ajena utilidad puede ser bien difícil. Por eso recomienda seguir en caso de duda a la opinión pública. En realidad el principio decisivo de la moral es, pues, para él, la costumbre convencional. De esta manera, se manifiesta ya en este filósofo de la época de las luces, esa coacción social que, como denunció más tarde John Stuart Mill, hace de la nación inglesa, a pesar de su aparente libertad, una de las naciones menos libres del mundo.

Sabido es que el anunciar al mundo algo nuevo, no es para el filósofo garantía de éxito. Al contrario; muchas veces el éxito es tanto mayor cuanto mejor sabe el filósofo descubrir lo que ya ha pensado todo el mundo para sus adentros, sin haber podido encontrar una expresión adecuada para ello. He ahí la característica de Locke. Nada nuevo ha sabido decirnos, aun cuando hemos de reconocer que algunas verdades nos parecen hoy axiomáticas gracias a la precisión con que él las ha expuesto. Y en este punto, la influencia de Locke tiene ciertas ventajas que se relacionan tanto con las virtudes como con las debilidades del carácter inglés. No hay dos filósofos tan distanciados por su estilo como Locke y Descartes. Este es un modelo de claridad y elegancia, atractivo hasta cuando el lector se da cuenta de que su claridad es incompatible con la profundidad. Aquel es pesado y aparatoso, pero extraordinariamente preciso; no se esfuerza en poner al lector las cosas claras y sólo se separa del sentido común para llenar sus vacíos y sistematizar sus dictados. De ahí que mientras el discurso del Método de Descartes sea una de las obras más notables de la literatura universal, los «Ensayos sobre el entendimiento humano» sea uno de los libros más aburridos que se conocen. Esta precisión, más amplia que profunda, ha seguido siendo el carácter predominante de la literatura científica inglesa. Hay, además, otra característica nacional inglesa, y es la derivada de la situación insular del país, que influye de diverso modo en las diferentes manifestaciones de la actividad científica. En el terreno de la ciencia natural que no puede abstraerse al influjo de los descubrimientos de otros países, se manifiesta en la tendencia a no sólo asimilarse esos descubrimientos, sino también «anexionárselos». Así, la mayor parte de los ingleses no consideran como descubridor del principio de la conservación de la energía a Roberto Meyer o a Helmholtz, sino a Joule, quien se distinguió por sus trabajos encaminados a la confirmación del mismo. La filosofía inglesa, en cambio, ha sido siempre una isla, un mundo cerrado que ha resistido toda influencia del resto de Europa, a pesar de que en todas partes se ha hecho justicia a sus méritos.

El carácter de Leibniz, que es aún hoy el más ilustre representante de la actividad mental alemana en todos los ramos a que extendió su actividad, es diametralmente opuesto al del filósofo inglés. El carácter alemán no sólo se refleja en el lado más fuerte de aquél, sino también en sus debilidades. Sobre Leibniz pesan las consecuencias de las largas luchas religiosas que retardaron por tanto tiempo la independencia de la cultura alemana y en cuyas postrimerías nació él. Aun cuando una gran parte de su labor científica se dirigiera contra Newton y su reflejo filosófico Locke, así como también contra los cartesianos,

no por eso dejaba de admirar a esos países a los cuales, como él decía, el tiempo había permitido sacudir mucho antes el yugo del escolasticismo medioeval.

Hoy no cabe duda en que Leibniz salió vencedor en ambas luchas. De la lucha con los ingleses por la invención del método diferencial; su método y el razonamiento del mismo se han llevado la victoria. En su lucha con los franceses por la llamada «medida de las fuerzas», su teoría ha resultado encerrar no sólo en germen, sino perfectamente desarrollado el principio más fecundo de la moderna ciencia natural: el de la conservación de la energía. Por lo demás, no sólo escribió sus obras más importantes en francés, lo cual se explica por la degeneración de la lengua alemana a través de la larga guerra, sino que exteriormente parece más un filósofo internacional que un filósofo nacional alemán, ya que posee en gran medida aquella facultad de acomodación a lo extranjero, tan ventajosa mientras está equilibrada por una fuerte conciencia nacional, pero que se traduce en peligrosa debilidad así que le falta este contrapeso. Y de esta debilidad no puede acusarse al que en un momento en que la ciencia alemana estaba dominada por completo por el escolástico latín, profetizó a la lengua alemana la hegemonía en el terreno de la ciencia y sobre todo de la filosofía y que, en su escrito «Mars christianissimus», acusó a Luis XIV de una criminal sed de conquista y exortó a los príncipes alemanes a que se unieran. Mas su ideal rebasaba las fronteras de la nación. Para él podía acabarse con la confusión religiosa que la anhelada paz no había podido resolver, si la gente pensante de todos los países se juntaban en una gran comunidad cristiana, y estaba convencido de que la ciencia era la más indicada para alcanzar este fin. He ahí uno de los más grandes errores de su vida. De él nació, sin embargo, la idea de crear las academias de Berlín, Viena y San Petersburgo, para que fueran tres focos de cultura alemana y compitieran con las de París y Londres. Es claro que para formar la tercera de ellas no podía contarse más que con eruditos alemanes, y, efectivamente, hasta bien entrado el siglo pasado, la academia de San Petersburgo fué, por su composición, por su lengua y por el carácter de sus publicaciones, una institución alemana.

Del mismo modo que el político Leibniz, incluso en sus empresas internacionales piensa ante todo en la patria alemana, hasta donde en aquellos tiempos de desolación podía hablarse de ella, así también su teoría filosófica encierra todas aquellas ideas directoras cuyo desarrollo estaba reservado a la filosofía de los siglos venideros. El aspecto francés de su «Monadología» y de sus «Ensayos sobre el entendimiento humano», no deben llevarnos al error de considerar a Leibniz como un filósofo internacional en el fondo. La «Monadología» es una creación esencialmente alemana en la que la más rigurosa lógica se une con un rasgo de la antigua mística alemana en un sistema armónico, y la polémica con Locke en forma dialogada, que hallamos en los «Ensayos», es una exposición inimitable de la oposición de ambos pensamientos nacionales. Al racionalismo francés que descompone la unidad del ser en el contraste irremediable entre Dios y el mundo y entre el alma y el cuerpo, y al realismo inglés proclamador de los principios de la apariencia sensible y la utilidad externa, opone la unidad del ser como condición indispensable del pensamiento filosófico. De esta condición se deriva para él inmediatamente el aforismo de que la esencia de las cosas ha de ser pensada según el modelo del espíritu humano, que es, por consiguiente, el espejo del mundo. Leibniz es, pues, el fundador del idealismo característico de la filosofía alemana. Aun cuando este idealismo haya variado de forma y haya emprendido derroteros apartados de los que Leibniz marcara, la idea de que la esencia del mundo se desarrolla en el mundo espiritual ha seguido caracterizando a la filosofía alemana siempre que ha sabido librarse de la influencia extranjera.

No menor influencia ha ejercido sobre la filosofía alemana otra idea de su fundador: la de la armonía universal. Este nombre no se le debe a él, sino al gran astrónomo Kepler, descubridor de la ley planetaria. Pero Leibniz elevó la idea de Kepler desde las oscuras

profundidades del misticismo a la altura de un principio filosófico fundado en las mutuas relaciones de todas las partes del universo reunidas en la unidad espiritual del ser. El mundo es para él un sistema armónico, porque las mismas leyes naturales, como lo prueba la idea de fin que las domina a todas y especialmente a la de la conservación de la energía, han de ser en último término leyes espirituales, del mismo modo que sólo de éstas pueden surgir en aquellas leyes de la vida espiritual en relación con las cuales la naturaleza se ofrece como un mundo experimental en el que se extiende la vida del espíritu. El espíritu humano es, pues, para Leibniz un microcosmos que nos revela la naturaleza del gran mundo, del macrocosmos, y en esta armonía del todo y de sus partes, cada una de éstas tiene su valor imperecedero. De aquí nace también en la vida y la actividad humana esa armonía espiritual en la que se confunden el conocimiento y la voluntad, la moralidad y la religión y encuentra su expresión en el orden jurídico animado por el espíritu moral y en las leyes generales de la humanidad que presiden las relaciones entre los pueblos. Aun cuando la fundamentación que Leibniz les dió sugiera a veces algunas dudas y aun cuando su sistema, en vez de resolver los problemas existentes haya creado otros nuevos, estas ideas han alimentado hasta hoy al idealismo alemán y presiden sus incansables esfuerzos por llevar a cabo la interminable tarea filosófica. Pero todo sistema filosófico tiene al lado de sus buenas cualidades sus inconvenientes y el idealismo pierde fácilmente el contacto con la realidad y se deja arrastrar por los sueños. He ahí un defecto de la nación alemana que se refleja en su filosofía. Pero si Kant, sobre el que inconscientemente influye más de una idea de Leibniz, se llamaba «idealista trascendental» y al mismo tiempo «realista empírico», no hay porque no aplicar los mismos calificativos al que supo reunir dentro de sí la máxima elevación del pensamiento y la habilidad del político más experimentado. También la nación alemana ha aprendido en el correr de los tiempos a completar su idealismo natural con una dosis suficiente de sentido práctico. Confiemos en que en esta feliz asociación de un inmovible idealismo y optimismo con el sentido vivo de la realidad sin el cual los ideales carecen de objeto, en el fundador de la filosofía alemana, se refleje, más que el pasado, el porvenir del espíritu alemán.

Estado de ánimo en Inglaterra y Francia

POR HOUSTON STEWART CHAMBERLAIN

Imposible es demostrar el día al día, que solo refleja confusiones en la confusión.

(GOETHE).

(Conclusión)

ME incluía también, dicho suizo, algunas cartas de sus huéspedes, que no dejaban duda sobre sus sentimientos hostiles hacia Alemania. Entre todos sus conocidos, sólo contaba un par de irlandeses que manifestaban más simpatías por una política afecta al robustecimiento del poder alemán, mientras que daban a los ingleses el calificativo de *cuadrilla de criminales*. Es decir, que también estos neutrales observadores daban testimonio de que desde antigua fecha todos los ingleses tenían la idea fija del destrozo de Alemania mediante la guerra.

Concedo la mayor importancia a lo que me comunicó un amigo y protector de Alemania, un anciano y respetabilísimo Mecenas de las artes, que durante cuarenta años ha tenido ocasión de comunicar constantemente con familias inglesas de las más distinguidas. Su opinión concuerda en un todo con la de las cuatro señoras, la del dueño de la fonda

y la mía propia. Uno de los más brillantes oficiales del ejército inglés, que lleva un ilustre nombre y ostenta corona condal, y tenía sinceros amigos en Alemania, escribía a uno de éstos hace pocos años: «Querido amigo: *we must cripple Germany, before she gets too strong for us* (no tenemos más remedio que quebrantar a Alemania, antes de que sea demasiado fuerte para nosotros). Otro miembro de la nobleza inglesa se expresaba aún con más lacónica energía: *We must throltte Germany* (es preciso estrangular a Alemania). Este pequeño surtido de pruebas extraído de la vida corriente serán suficientes por ahora para poner de manifiesto ante los ojos los verdaderos orígenes del hecho cierto a que nos referíamos, y de los que en todos los libros blancos, azules o amarillos no se habla ni una sola palabra: el verdadero fundamento ha sido un estado de alma general en Inglaterra. Esta opinión dominante se nos presentó como excesivamente sencilla al mismo tiempo que horrorosamente cínica, pero no debemos echar en olvido que está impregnada de ingenuidad y que esa es la condición que lo salva. Ello hace comprensible el que Inglaterra ejerza tan marcada atención sobre casi todos los alemanes que la han visitado. Cuando publiqué mi artículo «Inglaterra» recibí docenas de cartas, de distintas procedencias: Oradores, miembros del alto y bajo comercio, sabios, artistas, turistas..., todos me aseguraban que les había gustado mucho Inglaterra y que lo habían pasado allí perfectamente.

Un oficial de nuestro ejército, que regresó de Inglaterra dos días antes de la ruptura de hostilidades, me escribe desde las trincheras: «No he tenido la sensación de ser extranjero en Inglaterra, tan amistosa y hospitalaria fué la recepción que se me hizo». Como se ve, no se trata de odio, sino de una especie de auto-sugestión que hacía creer en una necesidad imprescindible. El ilustre oficial y conde, a quien nos hemos referido, profesaba verdadero cariño a sus amigos de Alemania, admiraba a ésta y tenía profundo respeto por nuestro Kaiser; pero estaba convencido de que si su patria no aprovechaba la ocasión para quebrantar a Alemania, no dejaría esta de hacerlo el día de mañana con aquella. Que Alemania no pensaba en guerra, y mucho menos en guerra con la Gran Bretaña, a quien además de los lazos de consanguinidad de los pueblos, la unía la creencia de que ésta estaba llamada a esparcir por el mundo los beneficios de la más pura y noble cultura germánica, eso, no ha conseguido nadie hacérselo creer a un inglés. Porque la teoría política de Inglaterra, de dos siglos a esta parte, se funda en la siguiente frase: «Los isleños tendremos poder mientras seamos todopoderosos». Naturalmente, *todopoderosos* es un ideal o, mejor dicho, una utopía; sin embargo, han puesto todos los medios para realizarlo por medio del absoluto dominio de los mares, que ya era una adquisición importante, y lo que faltaba han procurado obtenerlo por medio de acertadas comunicaciones y el sistema introducido de debilitar a los demás, y también han obtenido buenos resultados con engaños y propias alabanzas. La principal cosa es que a cada inglés, en cuanto aprende a tenerse de pie, se le meta en la cabeza el que su patria tiene un don concedido especialmente por la Divina Providencia, para que pueda dominar al mundo entero, y de ahí el que todo cuanto Inglaterra pueda hacer en los demás países — traiciones, robos o ruptura de contratos — no es más, en realidad, que el ejercicio de un legítimo derecho.

Mucho puede también influir sobre esto, el que un pueblo, que ya no tiene agricultura propia, y cuya industria empieza a quedarse sensiblemente estacionaria respecto a las otras, el que un pueblo, decimos, que cada vez se siente más inclinado hacia las finanzas y el comercio, cree imprescindible el monopolizar el comercio y las finanzas para poder asegurar su existencia. Si este pueblo observa que hay un vecino cuya agricultura está floreciente, cuya industria aventaja a la suya en la capacidad de la producción, cuyo tráfico naval lo hace independiente y cuya fuerza financiera sabiamente administrada aumenta de año en año y que todas estas circunstancias reunidas convierten al vecino en poderoso competidor, se comprende su preocupación dado su carácter. Claro está que queda una solución: la de una noble emulación en la educación, la laboriosidad y las empresas; pero probable-

mente el infalible instinto de los ingleses les advierte que ellos no sirven para esto. Entonces ¿qué remedio queda? Nada más que la fuerza bruta, quebrantar, destruir y estrangular: y como él solo no se encuentra con fuerzas para tal empeño, llama en su auxilio a todos los pueblos que le están unidos por el comercio y las finanzas, o a los que domina como despótico tirano: los rusos, los franceses, los serbios, los portugueses, los canadienses, africanos y australianos, los negros, los árabes, los indios y los japoneses, y haciendo un revoltijo con todas esas razas las arroja contra los temidos alemanes.

¿No es semejante estado de ánimo y sus consecuencias, matemáticamente inevitables, sin comparación, más interesante que un libro azul? Hasta la hora presente, los alemanes no han sido capaces de darse cuenta de que los ingleses hayan podido hacer todo esto con sinceridad y sangre fría. El odio hacia Alemania, lo repito, no existía antes de la guerra; y si existía, era sólo en las más bajas capas sociales, las que sólo tienen sus fuentes de ilustración en el *Daily Mail*, y demás órganos de la prensa escandalosa. Hay que convencerse de que para los ingleses, esta situación revistió los caracteres de un sencillo problema: *o tú, o yo*; y lo mismo que en la vida normal, se llega al contrincante y le tira de la chaqueta, diciéndole: *Como on let's fight for it*. (Ven acá y peleemos, para ver quién gana.) Esta es la base de la opinión del pueblo honrado, desde arriba hasta abajo, estraviado desde hace algún tiempo por los canallas de la prensa. Los sentimientos que animan a los guerreros alemanes, a los defensores de una causa justa y que luchan por su patria y por su hogar, esos sentimientos son, no solo ajenos a los soldados mercenarios, sino también al pueblo que está detrás de ellos, y para el que todo es cuestión de imponer su poder: los vencidos deben someterse. Una vez, estando en el campo, tuve ocasión de ver que en un numeroso gallinero, cuyo disfrute se dividían cuatro emplumados bajás, fueron introducidos dos nuevos gallos, jóvenes y robustos. Todo el día duró la pelea, y al llegar la noche, los seis combatientes estaban cubiertos de sangre, de la cabeza a las patas. A la mañana siguiente, pude observar, no sin asombro por mi parte, que todos estaban tranquilamente picoteando juntos los granos de su comida; y el administrador de la hacienda, me aseguró que el combate había terminado para siempre: que el gallo victorioso, tenía derecho a adjudicarse las gallinas que fueran más de su agrado, el segundo podía hacer lo mismo con las que dejara el primero sobrantes, y así sucesivamente, hasta que el último, apelando a toda su filosofía, se procurara una agradable existencia con los restos desdeñados por los demás. Calcado sobre este modelo, es el origen de la lucha de Inglaterra con Alemania: *Debemos destrozar a Alemania*, lleva este obligado corolario; *o dejar que Alemania nos destroce a nosotros*. No hace muchos días que se preguntó al doctor Karl Peters, si en caso de que los ingleses fueran vencidos por los alemanes, si guardarían aquéllos largo tiempo rencor. La respuesta fué: «De ningún modo: en la vida deportiva de Inglaterra rige la ley de que todos los partidos terminan con un obligado apretón de manos que pone fin a la animosidad». Por eso manifiestan los ingleses tanto asombro ante la indignación de los alemanes, así como los alemanes estaban tan dolorosamente sorprendidos de la declaración de guerra inglesa. Por ambas partes, es evidente la falta de comprensión. Por muy inclinados que nos sintamos a apreciar la cultura inglesa en algunas de sus manifestaciones, y aunque es indudable que en algunos de sus ramos haya alcanzado una altura no sobrepujada por ningún otro pueblo, no es menos cierto que en política, sus ideas y sus sentimientos son casi tan primitivos como los de un negro del Congo: la fuerza bruta del puño es la llamada a decidir cuál de los vecinos debe tener al otro por esclavo.

El *Reichsbote* publicaba hace poco una carta de un virtuoso misionero inglés a sus colegas de Alemania, en la que aseguraba a éstos su amistad y aprecio, así como su paternidad cristiana; pero al mismo tiempo consideraba la guerra de destrucción para Alemania tan imprescindiblemente necesaria que, según decía él, hasta los cuaqueros, que tienen como una de sus leyes fundamentales el no tocar jamás a un arma, ahora habían ido a alistarse

como voluntarios. Lo que me decide a incluir entre la colección de cartas que utilizo para encontrar los orígenes de la guerra, la de una de los más ilustres artistas contemporáneos alemanes, es el que éste conoce bien a Inglaterra, así como a sus principales colonias, que sienten simpatía hacia ellos, y que habiendo recorrido las cinco partes del mundo, puede hacer un juicio comparativo exacto. Me decía en su carta: «A menudo se encuentran en Inglaterra — hasta en los círculos mejor educados — muchas personas que presentan una extraña mezcla de astucia, tontería y sinceridad, como no la he visto semejante en ninguna parte del globo terráqueo; no he llegado nunca a poder precisar dónde acaba uno de estos sentimientos y empieza el otro». Estos son precisamente los distintivos trazos de los pueblos primitivos y salvajes, que al mismo tiempo eran astutos, tontos y sinceros. Estos tres ingredientes son los principales que se encuentran en el estado de ánimo del pueblo inglés contra Alemania. El que los quiera juzgar en justicia, debe tener presente su positiva inteligencia, su desconsoladora estrechez de miras y su ingenuidad sin límites. Ciertamente es que a esa ingenua opinión se aferra la cohorte de políticos criminales, que han impuesto esa aterradora campaña de mentiras y calumnias, azuzada por una despreciable prensa. Pero ésta no hubiera podido alcanzar un dominio tan rápido sino hubiera encontrado el terreno preparado y no le hubiese sido favorable el estado de ánimo general, del que hoy sólo quiero ocuparme.

Lo mismo sucede en Francia; también allí un grupo de poco escrupulosos políticos han aprovechado y trabajado la opinión pública, que desde hace varias generaciones venía manifestándose, sólo que esto en Francia es mucho más complicado y de todo tiene menos de ingenuo.

Por inspiración del propio instinto, los alemanes, cuando hablan de la *revanche*, dicen esta palabra en francés, y bien hacen, porque no hay vocablo en nuestro idioma que pueda expresar con precisión el sentido que según el criterio francés se encierra en la palabra *revanche*. Porque *revanche* no es venganza. Detrás de cada intento de venganza (dice Grimm) se esconde el deseo de la persecución y de la expulsión, el divino derecho de la compensación por sucesos pasados forma la base de la idea. Frente a la extraordinaria violencia y poderosa fuerza, que para nosotros los germanos ha quedado inmortalizada en la *venganza de Brunilda* aparece la *revanche* como un pensamiento pálido, exangüe, artificialmente creado y a propósito para la jurisprudencia. La palabra, según mis conocimientos latinos, se deriva de la palabra *vindicare*, cuyo significado es *expresar el deseo de llenar una aspiración*; lo mismo en *revancha* que en *reivindicación* se encuentra aun hoy en todas sus aplicaciones un sabor jurídico del *toma y daca*. El derecho sobre el que se funda una petición. Si yo le digo al camarero: «¿Puede usted servirme mi plato favorito?» El quizás me conteste: «No, señor; pero en revancha puedo ofrecerle...»; es decir, como indemnización a su justo deseo... Aquí nos encontramos a miles de leguas de todo intento de venganza. Respecto a odio, poco o ninguno cabe en el significado de la *revanche*; para esto, resulta demasiado cínico. Si trasladamos al jüego el empleo de esta palabra, podremos aplicarla en la siguiente forma: He ganado una partida de ajedrez, y mi compañero exige de mí como un derecho; *de lui donner la revanche*; es decir, ofrecerle la oportunidad de que pueda ganarme a su vez. Aquí hemos encontrado la acepción exacta de la palabra. En el fondo existe la vanidad del vencido: el triunfo del contrario ha podido ser casual; si de nuevo se probaran las fuerzas, quizás la victoria cambiara de sitio.

Los franceses en su fantasía tenían ganada la campaña en principio y antes de que se disparara el primer cañonazo; si no han logrado esto, debe ser por alguna trampa de los contrarios, descuido momentáneo o evidente desgracia; de manera, que esto, no es verdadera derrota, la suerte puede cambiar; la *revancha* será una buena lección para el anterior vencedor. Jamás, ni en el juego ni en la realidad, confesará un francés lealmente: estoy vencido. En la fachada principal del espléndido palacio de Versalles, hizo escribir el rey francés en

gigantescas letras: *A toutes les gloires de la France*. En contraposición de esto, dicen los alemanes: *Los hechos lo son todo, la fama nada*. A los hechos, en este caso, pertenece la *vengeance*, a la gloria la *revanche*: existen dos mundos completamente separados.

Para dar una muestra de cómo llevan a cabo los franceses esta obra, cómo inculcan estas ideas de gloria en el cerebro de los niños, desde su más tierna infancia, y cómo modelan en él las aspiraciones de la *revanche*, referiré al lector un recuerdo de mi propia infancia. En los primeros años del sesenta del pasado siglo, era yo alumno del Liceo de Versalles. En la mañana que precedía a las grandes vacaciones del estío, no se daba lección, sino que el maestro de la clase pronunciaba un discurso, y todos los años y en todas las clases era siempre el mismo. ¡La batalla de Waterloo! Esta batalla, según su tesis, era una de las más puras glorias de Francia, que equivalía a la más brillante victoria para las armas francesas. Aun resuena en mis oídos la interminable lista de los pueblos que aliados tomaron parte en el combate contra el gran Emperador. *Les anglais, les ecossais, les gallois, les irlandais, les prussiens, les hannoverins, les brunsvickois, les iberes, les saxons, les neerlandais*...., y así seguía durante varios minutos; nuestras infantiles imaginaciones creían ver a todos los pueblos de la tierra que se aproximaban en columnas cerradas; después seguía esta pregunta del orador: *¿Et vis a vis de ces multitudes?* Una pausa para preparar el efecto, y después rápidamente y con energía: *¡Les françois!* ¡Un hombre contra mil! Así aparecían a nuestros ojos. Aunque hubieran sido vencidos, aquello no fué una derrota; y así como aun hoy se habla de los espartanos en las Termópilas, así hablarán los siglos venideros de los franceses en Waterloo. Quien no lo haya visto, no puede comprender a qué grado de exaltación y de entusiasmo conduce los ánimos, la elocuencia francesa. Sin embargo, aquel admirable hecho de armas de las tropas francesas, fué considerado por los enemigos como una derrota de Francia, y así se la hizo constar en la Historia, e inmediatamente después de esta lección sobre la *gloria* seguía su complemento, o sea la *revanche*. En aquella época se hablaba de la *revanche pour Waterloo*, que prometía ser un éxito. Después se desplegaba un inmenso mapa, y en él nos señalaba el profesor que el Rhin, desde Basilea hasta su embocadura forma las naturales fronteras de Francia. Así las estableció el imperio romano y así las había impuesto Napoleón I. Francia no debía darse punto de reposo hasta reconquistarlas de nuevo. Estos pensamientos de *revanche* eran la sagrada herencia de las nuevas generaciones. Hasta aquí el discurso del digno profesor de mi colegio. No se vaya a creer que esta demanda de la frontera del Rhin fuese solamente aprendida en las escuelas, como si dijéramos por voluntad superior: por todas partes y a toda clase de gentes les oí hablar en el mismo sentido. No vivió, por aquel entonces, un solo francés, que no hubiera tomado en boca repetidísimas veces la *revanche de Waterloo* y la frontera del Rhin. Por los últimos años del sesenta, frecuenté mucho el trato de un oficial de ingenieros que había terminado sus estudios en la Escuela Politécnica, lo que equivale a decir que poseía una sólida erudición, sin contar con que ya se había hecho notar como inventor en el terreno de las armas de fuego; pues este brillante oficial estaba tan poseído por la idea de la frontera del Rhin, y otras por el estilo, que diariamente y fuera el que quisiera el tema de la conversación, siempre encontraba oportunidad para intercalar su tesis favorita. En sus palabras no se apercibía nunca ni el más leve matiz de odio, ni siquiera de animosidad contra Alemania; pero como esta nación se negaba a cederlas voluntariamente, no quedaba más remedio que arrancárselas por medio de la guerra. De tal manera tenían obcecado a un cerebro en lo demás tan humano y sensible, estas tres ideas fijas: *La gloire de la France, la revanche pour Waterloo, la frontiere naturelle du Rhin*. Y como él, pensaba todo el ejército.

Tenía la mala costumbre de pasar mis horas libres en los cuarteles (atavismo de la sangre militar); en aquella fecha, mis amistades particulares, en la mayoría de los casos, no pasaban del grado de sargentos, y con ellos discurría en las cuadras, o me sentaba en la cantina, y en unas y en otras tuve la ocasión de cerciorarme de que la guerra con Alemania,

la revancha y la reconquista de la frontera del Rin formaba la base de toda conversación; y si algún hombre prudente dejaba caer la especie de que el ejército alemán era más numeroso que el francés, siempre oí replicar la misma frase: *¡un francés basta para cuatro alemanes!*; esta creencia estaba arraigadísima y formaba parte del credo militar.

Por aquí puede verse cómo se ha ido formando el actual estado de ánimo francés. Mientras que el pensamiento de los ingleses se dirige al exterior, a la destrucción del rival, los franceses no se ven más que a sí mismos, a su *propia gloria* y a su *propia frontera*. El uno es enemigo de los alemanes por envidia y cálculo, el otro por enfermiza vanidad. El francés no odia al alemán, más bien le aprecia y le admira como un bicho raro en una colección zoológica, ¡con una erudición tan vasta y tan cargada de ideales! Cada adolescente alemán que haya estudiado en París, podrá seguramente relatar numerosos casos en que se manifiesta esta noble simpatía. Cuando el francés se decide a viajar, lo que sucede pocas veces, siempre es Alemania el predilecto término de su camino. Conozco parisienses que se saben al dedillo todas las aldeas de Baviera. Buscan el lugar más apartado para descansar del torbellino de su ciudad, y exclaman a cada instante con la más franca admiración: *¡Quel bon pays!, ¡quelles bonnes gents!* Los franceses no son como los ingleses, empedernidos políticos, y su concepción del comercio y la industria es diametralmente opuesta. La laboriosidad suple a la astucia, el ahorro a la especulación, y una limitada seguridad es preferible para ellos al dominio del mercado de dinero. En la prensa francesa no se aprende a conocer el verdadero carácter francés. Diarios como *Le Matin*, lo mismo que la *Nowoje Wremja* están a las órdenes del *Times*, y todos ellos forman parte de una gran empresa financiera. Nueve décimas partes de los periodistas de París proceden de Francfort sobre el Main o de Polonia. La célebre y antigua Escuela del periodismo francés puede decirse que ha desaparecido. Hombres como *Sainte Beuve*, *Jules Jamsi*, *Scherer*, *Prevost-Paradol*, etc., no podrían hoy hacerse camino; los pocos que aun existen que merezcan el nombre de verdaderos periodistas, tales como *Clemenceau*, *Drumont*, *Barrés*, merecen el calificativo de cabezas exaltadas y medio locos. Por eso no debe juzgarse a los franceses por su prensa. Pero la obra de esos periódicos es el actual estado de ánimo que ya hemos descrito; como sir *Eduard Grey*, gracias a los suyos hace lo que quiere con sus ingleses, eso mismo hacen *Delcassé* y *Poincaré* con sus ofuscados franceses.

Muchas veces he lamentado que el importante don de la memoria flaquee por regla general cuando se trata de recordar grandes hechos sucedidos en fecha reciente. De ahí proviene el que la Historia apenas sucedida ya esté falseada. Siempre y en todas partes se oye decir hoy — entre los amigos lo mismo que entre los enemigos — cuando se trata de explicar que la guerra del 70 fué el origen de la actual: Los alemanes conquistaron la Alsacia y la Lorena, y éste fué el principio de una situación tirante que por fin ha conducido a la presente guerra. Pero en realidad las cosas no han pasado así.

Mucho tiempo antes de 1870 estaban los franceses decididos a hacer una guerra de revancha contra Alemania y a recuperar todos los territorios alemanes de la parte occidental del Rin. No es cierto que Napoleón III empezase la enemistad por razones dinásticas, sino que se vió obligado — y yo creo que contra toda su voluntad — a seguir las corrientes que le marcaba la opinión pública, nada más. No puede uno menos preguntarse en qué consiste el que por tantos lados se señale a Alemania como la perturbadora de la paz universal, porque volvieron a recuperar las hermosas comarcas alemanas de Alsacia y Lorena, que poco tiempo atrás la habían arrancado violentamente; cuando Francia hacía pública declaración de su propósito, no sólo de conservar la Alsacia y la Lorena, sino de apoderarse del valle del Rin y de los dos tercios de las provincias renanas, ¿cómo hubiera podido compaginarse esto con el principio de nacionalidad y con el tan manoseado derecho de la libre voluntad de los habitantes? ¿Hay alguien que haya observado que *Spezer*, *Worms*, *Maguncia*, *Trio*, *Coblenza*, *Bona*, *Colonia*, *Crefeld* y algunas otras sean ciudades francesas?

Pues todas éstas, a más de un buen pedazo de Holanda y toda Bélgica quería Francia tragarse de un sólo bocado en honor a sus *fronteras naturales*; tampoco he oído otra cosa en mi infancia, sino que Bélgica estaba separada de Francia contra su voluntad, y que sólo esperaba una ocasión para volverse a unir. Todo esto hubiera sucedido si Francia hubiese obtenido el triunfo en la guerra del año 1870, sin que la menor discusión, sin que a nadie se le hubiera ocurrido fruncir el ceño siquiera, y todo el mundo lo hubiese encontrado muy natural y puesto en razón, sin protesta de los moralistas y defensores del derecho de gentes que pueblan las orillas del Támesis, del Sena, del Tíber y de los Lagos suizos. Todos ellos no son más que charlatanes, ignorantes y embusteros charlatanes, inventores de ampulosas frases que sólo son mentiras, sistemáticos perturbadores de la opinión pública y falseadores de la Historia.

Todo este embrollo, cuyos perniciosos efectos por desgracia han penetrado hasta el mismo corazón de Alemania; todo este embrollo, decimos, se compone sólo de envidia, de odio y de terquedad. Porque el pueblo alemán es robusto, es necesario quebrantar su fuerza; porque su causa es justa, es preciso ensuciar su honor, y porque los alemanes han puesto en juego su actividad para tomar con prontitud las medidas que exigía su situación, hay que presentarlos como astutos ladrones y atropelladores del derecho de gentes.

Puede apreciarse ahora el verdadero valor que tiene el detenido estudio del estado de ánimo general en los diferentes pueblos. Su conocimiento arroja luz sobre el pasado, sobre el presente e ilumina el porvenir. Los estadistas, los gobiernos, hasta la forma del régimen pueden cambiar; pero el estado de ánimo queda, porque es el verdadero reflejo del carácter y de la costumbre de pensar de un pueblo; y cuando esto cambia, lo manifiesta lentamente y bajo la presión de grandes acontecimientos. Por eso el hombre de Estado prudente y previsor — aquel cuya vista alcanza más lejos que las narices de sus colegas — debe siempre y en todos los casos tenerlo muy presente. También para todos nosotros es de mucha importancia el conocerla. Así no tendremos que sorprendernos cuando los franceses y los ingleses, sigan la lógica del espíritu que los anima, y al mismo tiempo nos dará más facilidad para juzgarlos con mayor benevolencia y obrar con más energía. El estimular la opinión pública para que se dirija en estos dos sentidos, es la intención y la esperanza que ha dictado este artículo.

Beyreuth, 21 diciembre de 1914.

Documento interesante

POR DAVID AMMANN

EL verdadero origen de la guerra actual arranca del «Testamento de Pedro de Rusia», hecho en el año 1725 y dado a la publicidad por Napoleón I. Llamó entonces mucho la atención, pero en los modernos tiempos no se le tomó tan en serio a causa de las múltiples derrotas de los rusos y también a causa de las grandes victorias de los alemanes en 1870-71, no prestándosele mucha fe, ya que la realización se cumple con más lentitud de lo que se pudiese presumir. Empero, no nos dejemos engañar para no perder la vista general sobre la política de Rusia y especialmente sobre la gestación de la presente guerra mundial.

Grave falta sería menospreciar la importancia de este testamento; aunque el desarrollo exterior de la evolución política de Europa no responda exactamente a la dirección prescrita por Pedro, el espíritu del testamento ha quedado el mismo, puesto que sigue viviendo en el pueblo ruso como hace doscientos años y es la verdadera fuerza motriz de toda la política rusa.

Este testamento es la verdadera clave de la situación actual; no ha perdido nada de su importancia. Sabemos que muchos lo tienen por apócrifo y se comprende que haya quien tenga interés en negar su existencia; pero observando y estudiando atentamente la política rusa, por fuerza tiene uno que convencerse de que toda ella sigue con la vista fija en el objeto señalado en el testamento.

Naturalmente, es, en primera línea, de la mayor importancia para Alemania, que en este país se conozca bien la significación de tal documento para juzgar la situación actual y hacerse bien cargo del peligro, pero también todos los demás pueblos de Europa deben procurar salvarse de la nefasta influencia de tan maligno espíritu. No está la primera causa de la guerra ni en Francia ni en Inglaterra; debe buscarse ésta en el testamento de Pedro.

El emperador Pedro es el fundador y el padre de la Rusia moderna y de su importancia. El ha infundido su espíritu entero en esta obra de toda su vida. Este espíritu continúa alentando en su obra, en Rusia y en su política. Mientras exista Rusia, seguirá obrando su espíritu hasta que la obra se haya disuelto; es una ley natural, un proceso que se confirma en todas las creaciones, especialmente en el hombre. El espíritu individual inherente al cuerpo humano producirá siempre hechos que corresponden a su individualidad, y debe quedar en el cuerpo hasta que éste se haya vuelto caduco y sin vigor.

¿Ha llegado ya a este punto Rusia? ¿Es ya caduca y vieja? No, Rusia aun es joven y el espíritu dentro de ella seguirá gobernando aún durante mucho tiempo.

Estudiando la historia del emperador Pedro, encontramos en verdad muchos rasgos hermosos y populares en apariencia y que son muy admirados; pero éstos no son más que la forma exterior de su doble naturaleza. Su verdadera esencia consistía en el afán de dominar, absolutismo, intrigas, crueldad, desconsideración, violencia, afán de conquistas, astucia, combatividad y perfidia. Con su familia vivió en continua disputa, la oprimió y la encerró. Una conspiración la castigó haciendo dar de latigazos a más de mil ciudadanos dignos y atormentarlos hasta morir, ayudando él en persona activamente. Tales instintos son siempre sintomáticos de hombres y razas inferiores que se han apartado de la recta senda del espíritu cristiano, que busca la paz y la armonía.

A pesar de caracterizar cierta grandeza sus empresas, y a pesar de que él subordinó su gran ambición personal a su gran objeto, no por eso es menos peligroso su espíritu. Al contrario, es precisamente por ello más peligroso este espíritu de tiranía, del hipnotismo, de la opresión, del asesinato, combinado con la astucia de la serpiente.

Este es el espíritu que hoy reina en San Petersburgo, el que siempre trata de azuzar unos pueblos contra otros para luego caer como un vampiro sobre ellos y chuparles la savia. Aunque el pueblo ruso en sí es bastante bondadoso y no esté aún consciente del objeto de sus superiores, con el tiempo se compenetrará más y más de este espíritu.

Así como Roma fué fundada con el espíritu de dominación y del fratricidio, y así como este espíritu alentó en Roma hasta que hubo alcanzado el dominio del mundo, así caracterizará el espíritu del absolutismo a Rusia mientras viva ésta. Perseguirá su objeto a pesar de todos los obstáculos, todas las derrotas, humillaciones, revoluciones, epidemias, hambres, pestes, retrocesos, por los que aun ha de pasar.

Obremos en consecuencia. El texto del testamento es como sigue:

«La nación rusa debe vivir siempre en guerra para que los soldados conserven las aptitudes guerreras, no debiendo permitirse ninguna pausa, excepto cuando lo exija la situación financiera, o cuando se estén formando ejércitos, o cuando sea conveniente aguardar para el ataque momentos más propicios. De este modo sirve la paz a la guerra y la guerra a la paz con el único objeto del engrandecimiento del país y del aumento de la riqueza de Rusia.

No debemos desaprovechar ninguna ocasión para mezclarnos en los asuntos y cuestiones de Europa, especialmente en los de Alemania, país que tiene excepcional importancia para nosotros a causa de su vecindad.

Debemos ensanchar continuamente las fronteras, en el Norte a lo largo del mar Báltico, en el Sur en el mar Negro.

Ante todo debemos ir avanzando en las direcciones de Constantinopla y de las Indias. El que posee estos dos puntos es el dueño del mundo.

A tal fin debemos provocar a combate siempre, un día con Turquía, otro con Persia. Hemos de establecer puertos en el mar Negro y dominar poco a poco todo el mar Báltico, que es para nuestros planes importantísimo. Hemos de acelerar la ruina de Persia, avanzar hacia el Golfo Pérsico y restablecer el antiguo comercio de Levante a través de la Siria, y forzar el camino de la India, país que es la despensa del mundo. Una vez puesto el pie allí, podemos prescindir del oro inglés.

Además, debemos tratar de estrechar nuestras relaciones con Austria, fomentando al parecer su hegemonía en Alemania, pero en secreto debemos excitar los celos de los pequeños estados contra Austria. De este modo alcanzaremos que los unos o los otros nos pidan nuestra ayuda y que ejerzamos en consecuencia una especie de protectorado sobre el país. Tal protección prepara el camino para nuestra futura soberanía. A la casa de Austria debemos trabajar de tal modo que tome interés en que los turcos sean expulsados de Europa. Al conquistar Constantinopla debemos distraer sus celos, sea que dirijamos su interés a una guerra con un estado de Europa, sea que le dejemos una parte del botín, la que, empero, más tarde le quitaríamos.

Debemos reunir alrededor de nuestra casa, como alrededor de un centro, a todos los griegos que vivan diseminados en Hungría, Turquía y Polonia del Sur. Debemos hacerles depender de nuestra ayuda para, por medio de una soberanía eclesiástica, allanar el camino para el dominio del mundo. Cuando nos pertenezca Suecia, haya caído Persia, esté Polonia sojuzgada, Turquía conquistada, nuestros ejércitos estén bien unidos, el mar Negro y el Báltico dominados por nuestros barcos, entonces haremos en secreto y por separado primero a la Corte de Versalles y luego a la Corte de Viena proposiciones para repartirnos con ellas el dominio del mundo.

¿Acepta uno de ellos nuestras proposiciones? — lo que se logra con seguridad, excitando su ambición y su interés — ; debemos utilizar al uno para aniquilar al otro. Una vez cumplido esto, no necesitamos más que aprovechar cualquier motivo para una pendencia para destrozar al otro. El éxito no puede ser dudoso, ya que Rusia entonces estará en posesión de la mejor parte de Europa.

Mas si sucede, lo que no es probable, que los dos rehusan las proposiciones de Rusia, en este caso la política debe dirigirse a azuzar al uno contra el otro, hasta que mutuamente se aniquilen. Entonces Rusia debe aprovechar el justo momento para arrojar nuestros ejércitos preparados para ello sobre Alemania. Al mismo tiempo saldrán dos inmensas escuadras cargadas con hordas asiáticas del mar de Azow y del puerto de Archangelsk. La una pasará por el Mediterráneo al Atlántico y aniquilará a Francia, la otra rendirá a Alemania. Una vez conquistados estos países, será sojuzgado el resto de Europa sin combate.

Así conquistaremos a Europa.»

¡Por lo tanto, países todos de Europa, guardaos del peligro que os acecha; no pres-téis oídos a los cantos de sirena, como desgraciadamente ya han hecho Francia e Inglaterra y algunos países balcánicos!

¡Ved cómo lo tergiversan todo los enemigos de Europa, como los propios vicios quieren hacer ver que los padecen los defensores de la libertad, de la cultura, del orden que radican especialmente en el centro de Europa, donde se forma el muro de contención contra la inmoral y anticristiana tiranía moscovita que usa de todos los medios para su imposición, desde los más suaves e hipócritas como las proposiciones para conferencias internacionales de la Paz, hasta los más reprobados como asesinatos políticos!

Fragmentos de Historia

La fé española y las violencias del soldado imperial

POR FEDERICO HERNÁNDEZ ALEJANDRO, ABOGADO

Los impulsos del sentimiento religioso tienen una fuerza invencible, y cuando esa fuerza radica en todo un pueblo, cuando aquel sentimiento constituye el alma nacional, ese pueblo vivirá siempre, cualquiera que sea la agresión de que se le haga víctima. El pasado no muere jamás, y el pasado para un pueblo lo integran su lenguaje, sus costumbres, sus tradiciones, su historia, sus instituciones, su arte, su poesía y, sobre todo, su religión. Parece que en los vivos se agita el espíritu de los que han sido; y si éstos creyeron, la fe que alentó sus almas, las purificó y las ennoblecó, también da vigor y energía, eleva y engrandece a las nuevas generaciones. La religión, en el sentido más amplio y soberano de la idea que contiene la palabra, en la acepción augusta del vínculo que une al Creador con la criatura, la religión es un poder que no se destruye y si alguno insensatamente lo pretende, caerá sin remedio; y cuando a la fe se halla enlazado en íntimo consorcio el amor a la Patria, el pueblo que posee esos dos santos afectos, logrará en la pugna, por pavorosa que sea, indefectiblemente la victoria. «Siendo, pues, el alma de las Repúblicas, dice Saavedra Fajardo (1), la Religión, a nadie más que al Príncipe conviene conservalla». En los pueblos, las creencias ejercen una influencia contagiosa, y a nadie contra esa bienhechora influencia le es dado contender. ¡Desgraciado el guerrero o el político que profanando sagrarios, derribando altares, escarneciendo sacerdotes, intente conquistar un país! Aljama o pagoda, mezquita o catedral, es peligroso atentar contra los templos. La violación sistemática de una de las aspiraciones, del más supremo de los ideales del espíritu humano, del sentimiento religioso, reporta al que en tamaña demencia cae, la más severa, a la vez que la más justa de las sanciones, no ya en la vida de ultratumba, sino en la terrena existencia: su aniquilamiento. Díjolo ya de manera sublime un clarísimo escritor del siglo XVII, «Dios es el que gobierna los corazones, los anima y fortaleze, el que da, y quita las victorias». Mientras exista el hombre, la fuerza omnipotente de la religión subsistirá también firme, inquebrantable. Y — ¡contradicción singular, peregrina inconsecuencia! — Napoleón Bonaparte, el que merced al «VI.^{me} Sénatus Consulte organique du 28 foreal an XII» (18 de mayo de 1804), pasó de primer Cónsul de la Francia republicana a Emperador, instituyendo un régimen exclusivamente militar; pero sin que por eso hubiera dejado de admitir la religión, de «relever ses autels»; Napoleón, que había pronunciado estas palabras: «Toda religión que no sea bárbara tiene derecho a nuestro respeto»; Napoleón, que profirió las frases: «Ella (la religión) forma con el suelo, las leyes, las costumbres, ese todo sagrado que se llama la patria y de la que no se debe jamás apostatar»; Napoleón, que hubo de exclamar: «Si es necesario respetar todas las religiones, más necesario será respetar la nuestra, y cada uno debe vivir y morir en la que su madre le enseñó a adorar a Dios»; Napoleón, que con arreglo al concordato de 9 de messidor del año IX (28 de junio de 1801), restableció, en el capítulo X de la «Organisation de l'Empire», el culto católico, reconociendo que «la religion catholique, apostolique et romaine, est la religion de la grande majorité des citoyens français»; Napoleón, que escribió como máxima en su cautiverio de Santa Elena: «En un país bien gobernado

(1) *Idea de un príncipe político-cristiano, representado en cien empresas.* En Múnaco, en la imprenta de Nicolau Enrico, a 1 de marzo de 1640.

es menester una religión dominante»; Napoleón, en su soberbia y desvanecido por el éxito, olvidó, en cuanto a España al menos, esa verdad inmortal, esa verdad, sí, que nunca habrá de perecer, puesto que tiene su origen y esencia en lo más hondo de la naturaleza racional del ser humano; esa verdad que él mismo había confesado y que con tanto ardor ensalzó, la de la fe religiosa, fué en nuestra patria por aquel genio esclarecido con crasísimo error ignorada.

España, religiosa, vehemente religiosa, no fanática, como con irritante injusticia la hubieron de llamar los que sin tregua ni razón la han vilipendiado; España, a la fe en sus creencias, a la vez que al amor de sus hijos, debió su salvación en aquella epopeya que tiene por título egregio el de guerra de la Independencia. Que ese doble y santo estímulo, el de la religión y el del patriotismo, fué el que movió a los héroes españoles a sostener una de las más grandes y gloriosas empresas que los anales de la Humanidad registran, está irrefutablemente probado por todos los documentos de aquella tan trágica como memorable época, para honor de los hijos de España que, con constancia, sin reposo y con valor incomparable, lograron vencer a los que ya entonces tenían subyugada casi a Europa entera.

En proclamas y bandos, en edictos y manifiestos, en decretos y avisos, en discursos y poemas, en los papeles todos, en todos, y fueron muchos los que en aquel período de tiempo, de 1808 a 1814, se lanzaron a la publicidad, por juntas y ayuntamientos, por obispos y por generales; en todos esos papeles, testimonios venerandos de la honra española, se excita el sentimiento religioso de los que luchan o van a luchar, para sostener su patriotismo. Oviedo invoca a «Nuestra Señora de Covadonga, reina de las batallas»; Cádiz, en su «Proclama» de 19 de junio de 1808, copia las palabras del Macabeo: «Mejor es morir en combate que presenciar nuestros males, y ver despreciados y profanados nuestros altares»; Granada dice en la suya: «El valor que inspira la defensa de la Religión es irresistible»; Valencia, en el número de su *Diario* correspondiente al 6 de junio de 1808, escribe, dirigiéndose a los españoles: «La causa por que vais a pelear es la de Dios»; la Junta Suprema, establecida en Sevilla, en nombre de Fernando VII, manda en su *Edicto* famoso que se practiquen actos de piedad y religiosos, por todo el tiempo que la patria se halle en peligro; Orense, alienta a la juventud gallega, animándola al combate, confiando en el «Dios de los Ejércitos, en la Virgen del Pilar, en su patrono Santiago»; León, exclama: «Ya estamos en este feliz día en que el Dios de los Ejércitos puso en nuestras manos la defensa de su Ley y de la Patria..... Su Omnipotencia os protege, y nadie vence al que es Omnipotente. Su Sabiduría os ilumina, y nunca desampará al que defiende la justicia»; Tarragona, hablando a los «valerosos illerdenses», les dice: «El Señor va a romper y hacer pedazos aquella espada homicida que tanta sangre ha derramado; aquella misma que ha esparcido el terror y la desolación por tantos Reynos y Provincias; y Napoleón, que la ha manejado, va a sufrir el terrible juicio de aquel gran Dios, que con el rayo de su indignación aniquila al momento los temerarios proyectos de los impíos.....» Y así, en todas las alocuciones, en todos los discursos, en todas las proclamas, en todos los manifiestos; desde el de Zaragoza al de los vascongados, desde la proclama de la provincia de Valladolid a la de la ciudad de Córdoba, desde el edicto del Principado de Cataluña a la carta circular de la Junta de Murcia, siempre se eleva un grito formidable, siempre aparece una enseña que se yergue triunfadora: el grito, es la expresión del sentimiento religioso; la enseña, el lema sublime de amor a la Patria.

Y los franceses del primer Imperio, impolíticos y ambiciosos; los soldados de Napoleón, participando del error de su amo, error que, como dice Luis Blanc, se mostró por vez primera en aquel *guet-apens de Bayonne*, y que hizo, según leemos en una magistral obra francesa, que el alzamiento fuera unánime, nacional, y con todos los caracteres de una explosión, haciendo ver a Napoleón que no sólo tenía frente a él un ejército, sino una

nación, que se erguía resuelta a salvar su independencia o a perecer; aquellos soldados, al contrario de respetar, ese dulce y consolador sentimiento del espíritu humano, el religioso, le escarnecieron y profanaron, con aquel sacrilego proceder, con aquella conducta opuesta a toda prudencia y equidad, seguida «por un conquistador fementido», conforme calificaba a Napoleón la Junta del Puerto de Santa María; «por un hombre que al emprender la guerra de España, como escribe Thiers, a pesar de su culto por Napoleón, que intentó terminar en Moscú, cometió una falta peor que la nacida de su mala política, porque él ofreció al mundo el triste espectáculo del genio que cae hasta descender al nivel de un pobre insensato».

Los hechos constituían entonces, constituyen hoy, un agobiador alegato de acusación contra las huestes francesas. Esos hechos, que sin duda debía conocerlos Napoleón, y que a ellos con su absoluto poder y férrea autoridad no ponía remedio, justificaban aquellos calificativos de «hereje inquietador», «hijo del pecado», «enemigo de Dios, de la Iglesia y de todo el género humano», que a aquél aplicaba cierto periódico del tiempo, y aquellos otros de «ímpíos y crueles destructores de la religión», que a los soldados franceses se dieron.

En el saqueo de Cuenca, crimen perpetrado en el horrible día 3 de julio de 1808, por la brigada de la que era jefe Augusto Juan Gabriel Caulaincourt, el valiente de las campañas de Italia y Portugal, que luego murió en el famoso asalto al reduto del Moskowa, el furor, el frenesí de aquellos soldados fué brutal, sus acciones crueles, bárbaras y atroces, como escribe un clásico historiador (1), manchando el nombre francés. Su ira se cebó principalmente en decrepitos sacerdotes, en ancianos, e inermes monjes; a octogenarios como el clérigo D. Antonio Lorenzo de Urban y al franciscano P. Gaspar Navarro, atormentáronles cruelmente. El mismo José Bonaparte, horrorizado de tan sin igual vandalismo, decía a su hermano el Emperador: (2) «Si Vuestra Majestad escribe al general C.... (Caulaincourt) para que os informe del pillaje friamente organizado y cometido en las iglesias y en las casas de Cuenca, ese informe me reportará mucho bien. Sé que el comercio de chalanes (*brocantage*) hecho con los vasos sagrados en Madrid, ha producido un gran mal». Burgos y Valladolid fueron por entonces víctimas de despojos y saqueos en sus templos, de violaciones de sus religiosas, de indescriptibles torturas que hubieron de sufrir infortunados sacerdotes. Peñafiel, villa aladeña al Duero, vió destruído en gran parte por un destacamento del general Kellermann, hijo del vencedor de Valmy, el magnífico convento de dominicos de San Pablo, fundado por el infante D. Juan Manuel, siendo casi destruída la preciosa capilla de Santa Juana de Aza y brutalmente mutiladas mármóreas y artísticas estatuas yacentes que del fundador y otros personajes había en aquella capilla.

Por el voto de los Católicos Reyes D.^a Isabel y D. Fernando, construyóse en Toledo, con arreglo a las trazas del insigne arquitecto Guas, allá en las postrimerías de la décima quinta centuria, soberbio monumento en el que brilla con mágico esplendor el delicado, el bellísimo, el exquisito arte del estilo ojival florido, ya rayano al del espléndido y encantador del Renacimiento. De ese nunca lo suficientemente elogiado monumento, del suntoso convento de la Orden Franciscana, llamado San Juan de los Reyes, formaba parte un claustro, «uno de los objetos más hermosos en su clase, dice Madoz (3) y citado por todos los viajeros», una de las más admirables construcciones elevadas por la piedad y el amor a la patria para conmemorar triunfo como el obtenido en la batalla de Toro (4).

(Continuará)

(1) Conde de Toreno, *Historia del levantamiento, guerra y revolución de España*. Tomo LXIV de la *Colección de Autores Españoles*. M. Rivadeneira, Madrid, 1872.

(2) Carta de José Bonaparte a su hermano Napoleón, escrita en Madrid a las once de la noche del 22 de julio de 1808.

(3) *Diccionario Geográfico-Estadístico-Histórico de España, etc.* Tomo XIV. Madrid, 1849.

(4) José Amador de los Ríos, *Toledo pintoresca*.